

El despertar del ángel

NACHO ROS BERNAL

1



Hubo un tiempo en que fui un soñador. Pensaba que mi equipo podía remontar, que siempre tendría trabajo, que todos los sueños se cumplirían si me esforzaba. Pensaba que la vida iría razonablemente bien porque yo era una buena persona y lo merecía. Creía que a las buenas personas no les sucedían cosas malas, y que la muerte, cuando llegase, aparecería dulcemente, casi pidiendo permiso para quedarse.

Luego llegó la llamada, el accidente... creo que no hay día en que no se repita en mi mente. ¡Cómo había querido a Irene! La foto de su imagen en el café de la plaza de los pintores seguía iluminando mi casa. Ese viaje a París nunca lo olvidaríamos. Aquel crep de queso calentito compartido en Montmartre tras esa lluvia traicionera. Será un tópico, pero es que París tiene un algo; y ese algo me hacía sentirme diferente, hasta el punto de creer, sin albergar ninguna duda, que podría convertirme en lo que me propusiese. Es difícil

estar en París y no sentirse artista. En una noche mágica como aquella debimos concebir a Marina. Siempre tuve esa intuición. Bueno, eso y que luego estuvimos los dos resfriados casi dos semanas. Las cuentas no fallan.

Y es que Marina siempre ha tenido la magia de aquel lugar. Hoy tiene ocho añitos, ojitos negros traviosos, esa mirada de «sé algo que tú no sabes». Marina me inspira todo aquello: un crep calentito en una noche de lluvia, los adoquines parisinos mojados e iluminados por las luces del café, aquella luna redonda inmensa que vimos por el ventanuco de la buhardilla, la esbelta torre Eiffel emergiendo de entre los tejados... tan sorprendentemente real. Ella me hace sentir que aún puedo con todo, aunque no puedo con casi nada. Me estoy hundiendo. Ella me ha animado a pintar con sus acuarelas infantiles. Dice que así cada momento se inmortaliza y que de ese modo además lo puedo revivir.

Supongo que pintando aquello se repite en mi memoria, o tal vez lo hago porque simplemente es idea suya. Y cualquier idea suya me encanta, aunque no tenga pies ni cabeza. Como cuando me pidió que pusiéramos los adornos navideños en verano por si los Reyes Magos veraneaban cerca.

–Porque tendrán que veranear, ¿no? –me dijo.

–Pero en esta época no hacen regalos –procuré razonar.

–Ya, pero al menos así se sienten más como en casa.

Aún recuerdo el rostro de aquella mujer asiática cuando le pregunté por los espumillones y las luces de Navidad mientras se cobraba dos ventiladores. Vociferó unas palabras en chino y el hombre no se molestó en contestar. No sé si le estaba transmitiendo mi pedido o si simplemente se desahogaba por tener a un indeseable como yo en su tienda. Pero yo haría eso por Marina, y lo que fuera; supongo que cualquier padre lo haría. Y más cuando tu hija de ocho años está tan grave. No, el maldito cáncer no hace amigos.

Ahora me encontraba en ese hospital infantil, lleno de paredes de colores, de enfermeras llenas de vida, de juegos de todo tipo, de rincones con cuentos con los lomos más bien destrozados, de televisiones vomitando dibujos animados sin descanso, pero mi cabeza andaba ya muy lejos de allí. Cada sanitario se desvivía por hacer más llevadero nuestro tiempo allí prodigando amabilidad.

Solo quería volver a tener a Marina en casa, recuperada, yendo sonriente al cole con su mochila a la espalda, y salir de esa pesadilla. En ese momento el sonido del móvil me sacó de mi mundo de sombras. No lo hubiera cogido, pero al ver en la pantalla «Beatriz mamá Andrea» no lo dudé.

–¡Pablo! Soy Beatriz. Por favor, tenemos que hablar.



2

En el año 708, Avranches amanecía como un día cualquiera, sin que nadie sospechara que aquella misma noche había comenzado una increíble historia. Al obispo Auberto le gustaba levantarse antes que el sol y acercarse a los pueblos colindantes, saludar a los campesinos a su paso, soportando con humor las bromas propias de la rivalidad existente entre las poblaciones cercanas.

Recorría el camino de una media legua desde Avranches hasta Le Val Saint Paul, así que en un breve paseo de paradas y saludos se asomaba al Atlántico. En los últimos años la zona había crecido y se repoblaba con gentes del mar trayendo mercancías desde la costa inglesa. Mucho antes de que comenzaran las invasiones, Auberto solía sentarse en una pequeña roca y desde allí contemplaba los primeros rayos de sol reflejándose en las agitadas olas del océano.

Como muchos otros días, se encontró con el hermano Gérard, un monje con el que le unía una amistad desde la niñez. Con el paso del tiempo desarrolló un respeto casi reverencial por su amigo. Esta confianza forjada a lo largo de más de treinta años hacía que ambos pudieran llegar a permanecer en silencio durante dos horas sin mediar palabra entre ellos, absortos en la contemplación de la grandiosa obra de Dios. Sin embargo, aquella mañana Auberto tenía algo que confesarle.

–¡Buenos días, querido Gérard! –le saludó enérgico.

–Buenos días nos dé Dios –le contestó su amigo, sonriéndole con sinceridad.

–Tengo que contarte algo. Sé que puedo confiar en ti sin tener que recurrir a la confesión.

–Claro, bien lo sabe. ¿Qué ocurre?

–Antes quiero que sepas que no tiene mucha importancia... pero la suficiente para que no salga de nosotros.

–Tranquilo, por algo mi nombre significa...

–Guardián... me lo has contado mil veces –lo interrumpió sonriente.

–Guardián valiente, que es más que guardián –advirtió con humor Gérard.

Auberto se sentó, tomó aire y perdió sus ojos en el mar. Un mar bravo y despierto, como él mismo, que apuntaba ya crestas en el horizonte anunciando cambios. El aire marino sacudía con fuerza su cabello rizado, mientras él parecía perderse en sus pensamientos por un instante.

–Hoy tuve un sueño especial. Un sueño diferente. No parecía un sueño; ya sabes a qué me refiero. Hay sueños que te transportan el alma a otra dimensión; como si hubiesen sido tan reales como que ahora estoy hablando contigo.

El monje asintió en un gesto, dándole a entender que comprendía aquello de lo que hablaba e invitándole a continuar. El obispo prosiguió:

–En el sueño se me aparecía un ser parecido a un ángel. Era tan luminoso y hermoso que no pude mirarlo. Desprendía una paz inmensa y al tiempo yo sentía una congoja enorme, por lo que no podía dirigirle la palabra, ni tan siquiera abrir la boca. Era algo tan de otro mundo que solo podía mostrar reverencia. Toda la estancia se llenó de una poderosa luz blanca, tan intensa que los objetos no se diferenciaban los unos de los otros. No logro explicarlo con palabras, pero sentí una felicidad y un gozo desbordantes.

–Su rostro lo expresa mejor que sus palabras.

–Habría sido solo un sueño, pero... ¡vaya sueño! –El obispo guardó silencio, buscando reponerse de una emoción no contenida. ¿Cómo saber si se trataba de algo más que un sueño?

–No sé decirle, hermano. –Gérard se frotó las manos intentando aterrizar una idea que estuviese al tiempo dentro de la lógica y el discernimiento espiritual—. Bien conoce que Dios habla de muchas formas, y desde siempre una de ellas han sido los sueños. Su corazón sabe que ha vivido algo de otro mundo; así lo ha expresado. Así que, por algún motivo que desconocemos, pienso que debe estar muy atento, receptivo y encomendarse en sus oraciones.

Los dos se miraron fijamente. Auberto miraba el horizonte como quien busca una respuesta en la lejanía. Pero esa respuesta no llegaba, o escapaba a su comprensión.

–Gracias, querido Gérard. Hay algo más.

Gérard lo miró con curiosidad y atención.

–Me habló. Era una voz de hombre. La voz me dijo: «Construye un templo en mi honor».

–¿En su honor? ¿Quién era?

–Creo que un ángel. No estoy seguro. Todo esto es de locos. Yo no soy nadie, y creo que tan solo es un sueño.

–¿Le dijo dónde construirlo?

–Sí.

Auberto de Avranches se levantó y miró hacia el oeste, señalando un abrupto monte en la lejanía.

–Allí.

